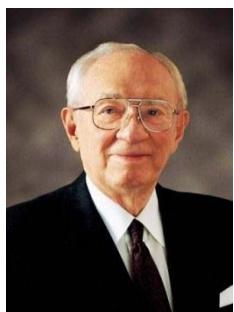


## "NO TOMARAS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO"

por el presidente Gordon B. Hinckley  
Primer Consejero en la Primera Presidencia



*"El hábito que han adquirido algunos jóvenes, de hablar en forma vulgar y blasfema no sólo ofende a las personas bien educadas, sino que es un pecado muy grande a la vista de Dios y no debe existir entre los hijos de los Santos de los Últimos Días.*

Hermanos, el presidente Benson me ha pedido que os dirija la palabra en este momento. Siempre es una inspiración contemplar a tantos poseedores del sacerdocio reunidos en el Tabernáculo y pensar en los millares mas que están reunidos en capillas de la Iglesia tanto en Norteamérica como en otros lugares del mundo. La presencia de vosotros en esta reunión es indicación de vuestra fe y gran dedicación a la obra del Señor. Os doy las gracias por ello y os expreso mi afecto.

Vuestras oraciones tienen gran alcance. Sé, y estoy seguro de que mis hermanos también lo saben, sí, que suben al Señor vuestras oraciones por las Autoridades Generales de la Iglesia. Muy grande y sagrada es la tarea que se nos ha confiado, y somos conscientes de nuestro deber al Señor y a vosotros, nuestros colaboradores en esta grandiosa obra.

Quisiera dirigir mis palabras a los muchachos más jóvenes de esta reunión, los poseedores del Sacerdocio Aarónico. Tengo en mi poder una carta que me envió un funcionario publico, en la cual me dice:

"Por favor, ¿podría decir algo referente al problema de la blasfemia, los juramentos y el lenguaje vulgar?

"De mis años de estudiante, recuerdo sólo a un alumno que tenía ese vicio y la mayoría de los compañeros evitaban su compañía. Hoy en día, si es correcto lo que se me ha dicho, esa lacra ha alcanzado proporciones epidémicas entre los jóvenes de segunda enseñanza".

Sigue diciendo:

"Una noche en que veía la televisión con mi hijo de dieciséis años, al oír allí palabras obscenas, le sugerí apagar el televisor; y él me dijo: 'Cómo quieras, papá, pero eso no es nada comparado con lo que siempre oigo en la escuela'. Al hablar del asunto con otros jóvenes del vecindario, me dijeron lo mismo. Un muchacho me dijo: 'Casi todos hablan así y las niñas igual o peor que los chicos'

"Lo que me preocupa de esto es que el lenguaje grosero e indecente se ha vuelto ya una práctica aceptable en las escuelas, lo cual tal vez se deba en gran parte a la influencia de la televisión y a la indulgencia general de nuestra sociedad. Sea cual sea la causa, espero que se haga algo por ponerle freno, por hacer comprender a la juventud la importancia de hablar con decencia.

Considero esa sugerencia muy apropiada. Recorté del diario Wall Street Journal un artículo reciente de Hodding Carter, tercero, en el que dice:

"Si antes era extraño, que se dijeran improperios delante de las damas, ahora es raro que no se digan. Por cualquier razón, del cambio social que se produjo en la década de 1960 se desprende la degradación de la conducta y del modo de hablar."

El señor Carter escribe como ex infante de marina y como reportero, dos grupos conocidos por su lenguaje picante, lo cual él admite, y confiesa su parte de culpa: pero condena la creciente práctica en el ámbito público. Continua diciendo:

"Dicha práctica no se limita a las ciudades grandes. . . Si bien lo que antes se calificaba de lenguaje del hampa es, desde luego, común en el hampa, también es común en Harvard y Tulane, en Davenport, y Iowa, Dustin, Florida, para nombrar unos pocos sitios".

Luego añade:

"Pero, además del lenguaje, hay un problema mayor, el cual es la decadencia de los buenos modales en general . . .

"Y así, nos vemos acometidos por todos lados por la relajación de las costumbres; y son pocos los que tienen el valor o el deseo de hacer algo al respecto. . . Yo mismo, rara vez interpelo al malhablado que avergüenza a mi madre en un lugar publico. . . Yo, como la mayoría de ustedes, tras sobresaltarme me alejo." (Wall Street Journal, 4 de Junio de 1987. Pág. 23.)

Lo que he conversado con directores de escuela y estudiantes me ha llevado a la misma conclusión: que, aun entre los jóvenes de la Iglesia, reina el maligno y creciente hábito de la blasfemia y las palabras sucias e indecentes.

No vacilo en decir que es malo e indebido, sumamente malo, que cualquier joven que posea el sacerdocio de Dios incurra en falta.

El tomar el nombre del Señor en vano es cosa muy grave.

Tras sacar Moisés de Egipto a los hijos de Israel para conducirlos a la tierra de promisión, subió al monte para hablar con el Señor. y el dedo del Señor escribió en dos tablas de piedra el Decálogo. Esos Diez Mandamientos constituyeron la base del código judeocristiano que rige el comportamiento humano. Cada uno de ellos es importante y hay uno que dice: "No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano: porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano" (Exodo 20:7).

Tan grave se consideraba la violación de esa ley en el antiguo Israel que la blasfemia del nombre de Dios se pagaba con la muerte del blasfemo. Hay un interesante relato de esto en Levítico:

"El hijo de una mujer israelita. . . blasfemó el Nombre del [Señor], y maldijo: entonces lo llevaron a Moisés . . .

Y Jehová habló a Moisés. diciendo:

"Saca al blasfemo. . . y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él. y apedréelo toda la congregación.

"Y a los hijos de Israel hablaras. diciendo: Cualquiera que maldijere a su Dios, llevará su iniquidad.

"Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará." (Levítico 24:10-16.)

Si bien el mas serio de los castigos no se practica desde hace largo tiempo, la gravedad del pecado no ha cambiado.

El Señor ha vuelto a hablar en nuestra época con respecto a este asunto tan serio. En la revelación que recibió el presidente Brigham Young el 14 de enero de 1847. cuando los miembros se preparaban para salir de los cuarteles de invierno en dirección a estos valles del Oeste, el Señor dijo:

"Guardaos del pecado de tomar el nombre del Señor en vano, porque soy el Señor vuestro Dios, sí, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob." (D. y C. 136:21.)

En una carta circular que envió a toda la Iglesia la Primera Presidencia el 8 de abril de 1887 cien años atrás decían referente al problema, que evidentemente era tan serio entonces como lo es ahora.

"El habito. . . que han adquirido algunos jóvenes, de hablar en forma vulgar y blasfema. . . no solo ofende a las personas bien educadas sino que es un pecado muy grande a la vista de Dios y no debe existir entre los hijos de los Santos de los Ultimos Días." (Citado en Messages of the First Presidency, comp. por James R. Clark. 6 tomos. Salt Lake City. Bookcraft. 1965-1975 tomo III págs. 112-113.)

Una vez trabajé con un grupo de ferroviarios que por lo visto se enorgullecían de decir blasfemias, inclusive trataban de perfeccionarse en ellas. Recuerdo que entregué unas instrucciones escritas a un guarda-agujas que tenía el deber de hacer lo que se le indicaba: pero no le dio la gana realizar la tarea en esos momentos. Tras leer las instrucciones, le dio una pataleta. Aunque era un hombre de cincuenta años, se comportó como un niño malcriado. Se quitó el gorro, lo tiro al suelo, lo pisoteó y profirió tal sarta de improperios que parecía echar humo: y cada tres o cuatro palabras tomaba el nombre de Dios en vano.

Me pregunté como era posible que un hombre mayor fuera tan infantil. La sola idea de que un hombre actuara y hablara de ese modo me resultaba en extremo repugnante. Nunca pude volver a respetarlo como antes.

Cuando yo era pequeño y estaba en el primer año de la escuela, tras haber pasado lo que pensé fue un mal día en el colegio, al entrar en casa, tiré mis libros sobre la mesa de la cocina y lance una imprecación formada con el nombre del Señor.

Mi madre se escandalizó. Me dijo serena pero firmemente lo malo que yo había hecho, que no podía permitir que esa clase de palabras salieran de mi boca. En seguida, me llevó de la mano al cuarto de baño, tomó una toallita limpia, la mojó con agua y le puso bastante jabón. Luego me dijo: "Tendremos que lavarte la boca". Me mandó abrir la boca y así lo hice, pero a regañadientes. Entonces, me frotó la lengua y los dientes con el trapo enjabonado. Yo farfullaba enojado y con deseos de decir

palabrotas pero no lo hice. Me enjuague la boca una y otra vez pero pasó mucho rato antes que se me fuera el sabor del jabón. En realidad cada vez que me acuerdo de eso, vuelvo a sentir el gusto del jabón. Puedo decir que me he esforzado por no tomar el nombre del Señor en vano desde aquel día. Estoy agradecido por esa lección.

En cierta ocasión Jesús dijo a la multitud: "No lo que entra en la boca contamina al hombre: mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre" (Mateo 15: 11).

Así lo he pensado al oír blasfemar a hombres y mujeres, muchachos y niñas.

George Q. Cannon. Que sirvió como consejero en la Primera Presidencia, dijo una vez:

"¿Toman los ángeles el nombre del Señor en vano? La idea es tan ridícula que hasta es difícil formular la pregunta . . . ¿Cómo es posible que nos atrevamos a hacer los que los ángeles no osarían hacer? ¿Podemos acaso afirmar que lo que es prohibido en el cielo es digno de alabanzas en la tierra? . . .

Al paso que ningún muchacho podrá decírnos que saque algún provecho del tomar en vano el santo nombre de Dios, nosotros podemos señalarle los muchos males de que ello derivan. Para empezar, es innecesario y, por tanto, absurdo; disminuye nuestro respeto por lo sagrado y nos lleva a relacionarnos con los malvados; perdemos el respeto de la gente buena que nos rehuye; nos conduce a cometer otros pecados, porque el que no respeta a su Creador no se avergüenza de engañar a sus semejantes; además, al cometer esta falta, directamente y a sabiendas, violamos uno de los más explícitos mandamientos de Dios." (Juvenile Instructor, 27 de septiembre de 1873, pág. 156.)

Hermanos no uséis palabras vulgares en vuestra conversación. El lenguaje soez deshonra al que lo usa. Si habéis adquirido ese hábito, ¿cómo podéis dejarlo? Comenzad tomando la decisión de cambiar y la próxima vez que os sintáis propensos a decir palabras que sabéis que son indebidas, sencillamente deteneos y no las digáis, o expresad de otro modo lo que tengáis que decir. Con la práctica, la restricción se volverá más fácil. El presidente Grant decía: "Aquello que perseveramos en hacer se vuelve fácil, no porque la naturaleza de ello haya cambiado, sino porque nuestra capacidad para hacerlo ha aumentado". (Véase Conference Report, abril de 1901, pág. 63.)

Se empieza con la autodisciplina.

El personaje Hamlet, de Shakespeare, dijo, refiriéndose a un mal hábito:

Refrenaos esta noche; eso hará algo más fácil la próxima abstinencia, y aún más fácil la siguiente, puesto que la costumbre puede cambiar el sello de la naturaleza y es capaz de dominar (domeñar) al diablo o arrojarlo con fuerza prodigiosa. (Hamlet, acto III, escena IV; Obras completas de William Shakespeare, Aguilar, S.A. de Ediciones, pág. 1372.)

¿Conciben a un misionero de esta Iglesia usando ele lenguaje indecente que se oye en tantas escuelas? Naturalmente que no. Eso sería totalmente insólito en su llamamiento como embajador del Señor.

La mayoría de vosotros, jóvenes que me oís, sois futuros misioneros. Es tan indigno que uséis un lenguaje indecente como lo sería para un misionero, porque también vosotros poseéis el sacerdocio; tenéis la autoridad para hablar en el nombre de Dios. Recordad que es esa misma voz la que ora al Señor por un lado, y la que por otro lado, en compañía de los amigos, quizás se incline a decir palabras obscenas y vulgares. Los dos tipos de voces son incompatibles.

Pablo, quizás el mas notable misionero de todos los tiempos, escribió a Timoteo, su joven compañero en el ministerio:

"Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza." (1 Timoteo 4:12.)

Reparemos en lo que dice: "Sé ejemplo en palabra", o sea, en la manera de hablar. Creo que se refiere al tema que estoy tratando en esta ocasión. Dice que las palabras groseras e indecentes son incompatibles con el llamamiento de ser creyente en Cristo.

"En conducta", vuelve a decir que nuestro proceder debe ser un ejemplo de los creyentes. La conversación es la esencia de las amistosas reuniones sociales; puede ser feliz, puede ser alegre, puede ser seria, puede ser divertida; pero no debe ser picante, ni grosera, ni indecente si uno es de verdad creyente en Cristo.

Tal vez penséis que ha sido innecesario que me haya extendido tanto sobre el tema; si lo he hecho, es porque lo considero muy importante. Es trágico e innecesario que jóvenes y señoritas usen palabras indecentes. Es inexcusable que una señorita hable así y es igualmente grave que hable de ese modo un muchacho poseedor del sacerdocio. Esta practica es totalmente inaceptable para el que tiene autoridad para hablar en el nombre de Dios. El blasfemar el santo nombre del Señor y el hablar con palabras corrompidas es una ofensa a Dios y al hombre.

El hombre o el muchacho que se vale del lenguaje vulgar da a conocer en el acto la deficiencia de su vocabulario. que no posee la suficiente riqueza de expresión para poder expresarse con claridad sin tener que recurrir a palabras obscenas e indecentes.

Os he hablado de esto en esta oportunidad porque creo que algunos de vosotros habéis incurrido en esta falta. Espero que aceptéis lo que os he dicho con el espíritu y la buena intención con que os he hablado. Si habéis estado usando un lenguaje vulgar y vuestros amigos están con vosotros en esta reunión del sacerdocio, entonces resolved ayudaros el uno al otro. Si alguno dijera algo indebido, hágaselo notar el otro. Confío en que así lo haréis. Si lo hacéis, honraréis a vuestro Padre Celestial. Honrareis a su Hijo Amado. Honraréis el sacerdocio que poseéis. Honrareis vuestro propio hogar. Os honrareis a vosotros mismos y os enorgullecereis de vuestra capacidad de autodominaros en el hablar.

Digo esto a los muchachos y también lo digo a vosotros hombres mayores, que posiblemente tengáis un problema parecido, y lo hago con amor. Sé que el Señor se complace cuando nuestro hablar es limpio y virtuoso, porque El nos ha dado el ejemplo. Sus revelaciones están repletas de palabras afirmativas y edificantes que nos instan a hacer lo correcto y a seguir adelante en la verdad y la virtud.

No digáis improperios, no blasfemes. Evitad los chistes sucios. Alejaos de las conversaciones salpicadas de palabras inmundas y obscenas. Seréis más felices si lo evitáis y vuestro ejemplo fortalecerá a los demás. Que seáis bendecidos en este empeño, ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.